

La madrastra de Blancanieves

Desde que el espejo habló, desde que el jodido espejo dijo: “Blancanieves es la más bella del reino”, se había vuelto loca. Era una locura feroz, roedora. Nadie podría decir que la madrastra desvariaba, pero la obsesión por mantenerse eternamente joven y hermosa, por ser la más bella, la tenían trastornada. Su vida transcurría entre el gimnasio, la peluquería, la casa de masajes, la estetición y la tiendas de alta costura. Gastaba el presupuesto nacional en cosméticos y tratamientos. Además de dedicar la casi totalidad del día al hedonismo de mantener su cuerpo en adobo, follaba más que Mesalina porque bien es sabido que el semen es el potingue perfecto para conservar el cutis fino y delicado. No solo fornicaba para mejorar su piel, también lo hacía porque le divertía mucho y en la variedad encontraba el gusto. Todos su mayordomos habían pasado por la piedra, también los managers y los peluqueros y los masajistas, los gimnastas del *gim* y los infantes, condes y marqueses reinos vecinos. Todos los que no habían cumplido cuarenta habían mojado el manubrio en su almejilla.

Le gustaba pavonearse como una morsa en celo ante sus conquistas, le chiflaba sobretodo dejarlos boquiabiertos ante su belleza simpar, ante su elegancia natural. Más tarde los apabullaba con su artes de tigresa blanca y los secaba hasta que enfermaban. Entonces los abandonaba. Y buscaba un nuevo amante al que exprimir. Jodía con desesperación, agarrándose a la vida como posesa, intentando por todos los medios que Eros venciese a Tánatos. Esta actitud suya no había sido siempre así, de jovencita aspiraba a joyas y riquezas, de hecho si se casó con el rey había sido tan solo porque era el rey y jamás le había amado, pero disfrutaba mucho siendo reina consorte y acompañándolo a cenas y recepciones. Cuando enviudó fue cuando se obsesionó con su aspecto, el tic tac del reloj no cesaba y comenzó a ver signos inequívocos de que estaba envejeciendo, y luego el puto espejo diciendo la frase envenenada que se clavó en su vientre como un puñal.

Tuvo que matarla, a su hijastra, a la bella Blancanieves. No le dejaba dormir la envidia de su

juventud y creciente lozanía con lo cual se quitó ese peso de encima sin remordimientos. Se disfrazó de bruja, la envenenó y se tiró a los siete enanos, primero uno a uno y luego a todos juntos. Después se fue a hablar con un médico estético. Las promesas publicitarias de un cuerpo más bonito, más esbelto, más terso, de tetas puntiagudas y cinturitas de avispa, no caían en saco roto. Así que allí estaba, furiosa, porque era ya una buena hora más tarde de la que le habían citado. La iba a atender el mismísimo cirujano, que le explicaría en que consiste la operación: anestésias, cicatrices, convalecencias... Una señorita de edad indefinida debido a sus múltiples operaciones, le había hecho pasar. La madrastra la observó altiva y la descalificó interiormente al instante, aunque la enfermera iba arregladita y era una monada plástica, rubia de aspecto vulgar, que desde luego, no era tan bella como ella. Después de un vistazo de arriba abajo, se sintió más atractiva que esa enfermera y se tranquilizó: seguía siendo la número uno. Quería dar la mejor impresión al doctor y lucía sublime. Su larga cabellera negra brillante estaba escondida bajo una peluca oscura de corte a lo Cleopatra, el flequillo enmarcaba las cejas arqueadas y los brillantes ojos azabache. Iba disfrazada, el médico no la reconocería, no era necesario, tan solo pensaba mejorar sus pechos y deseaba ir de incógnito aunque ello significase tener que esperar turno en la sala de espera. Sus hermosos y rotundos pechos habían sido deleite de sus súbditos, y sobretodo, de su espejito mágico, comenzaban a ceder ante la innegable gravedad, de modo que deseaba recobrasen su antiguo esplendor.

En la fastidiosa espera una recién operada de vientre le contó su vida (no le hizo falta más que echarle un leve vistazo para considerarse a sí misma más bella que aquella mujer, de modo que pudo hablar tranquilamente, sin el punzón de la envidia. A la chica, que debía tener unos veintiocho, le habían quitado todo un faldón de tripa que ella denominaba colgante debido a un embarazo y posterior pérdida de peso repentina. Estaba vendada y encantada, decía encontrarse bien aunque algo incómoda, pese a que su operación había durado tres horas, y llevaba una semana enfajada sin poder ducharse. Habló maravillas del cirujano, con el que decía reírse mucho y tener una relación cercana y cómplice. Le iban a quedar en el vientre cicatrices profundas, pero ella se sentía feliz con

esa nueva barriga que le había supuesto ocho sueldos, un mes de baja y no pocos dolores. A la madrastra no le gustó el aspecto que supuso le quedaría a la chica, pero no se lo dijo: “cada cual a lo suyo” pensó.

Por fin la llamaron. La misma señorita de los presupuestos, con su bata y sus contoneos de putita de cabaret la llevó a consulta. La reina no pasó a consulta hasta que la chica abrió la puerta y le cedió el paso. Entonces dejó caer su estola para que la enfermera la colgase donde considerase oportuno.

El cirujano era joven, más de lo que uno se espera cuando se va a encontrar con uno. De pelo rizo despeinado, ojos muy claros y acento argentino.

-“Se parece a aquel cazador que envié a matar a Blancanieves, aquel que se acovardó y me engañó trayéndome el corazón de un ciervo. Es atractivo, aunque algo escuchimizado”.

Explicó escuetamente que había decidido mejorar levemente el aspecto de sus senos:

- Quiero que mantengan la soberbia que les ha caracterizado hasta ahora-, dijo sin falso modestia - No deseo eliminar ni poner volumen, solo levantarlo un poco-.

El le pidió que se desnudase de cintura para arriba.

-Por favor, desvístase y manténgase en pie apoyada a la pared de enfrente.

El permaneció sentado, la enfermera de pie detrás de la mesa. La reina se levantó de la silla casi con odio. Con aires de ama se deshizo de su ligero *pullover* morado, y con seriedad y firmeza del sujetador, sin titubeos, sin disimular que le indignaba obedecer órdenes, siempre era ella la que decía:

- Desnúdate, quítate el pantalón, muéstrame eso...

Llevaba falda tuvo que le marcaba las caderas divinamente, y elevados zapatos de tacón negros. Resultaba tremendamente atractiva de tal guisa ataviada, desnuda en su torso, ceñida en su mitad inferior. Su figura era la de una mujer madurada en almíbar, sus carnes una mezcla entre firmeza y blandura de color aceituna clara. La espalda bien erguida disimulaba que sus pesados pechos con pezones perfectamente areolados, eran tetas con tendencia a la baja.

Una vez ella se colocó como le habían indicado, el cirujano se acercó respetuoso, con la boca llena de agua y los ojos brillantes.

- Otro baboso más, pensó la madrastra.

El hombre, ignorante de estos pensamientos hacia su persona, acercó su mano a uno de esos melocotones maduros y lo levanto, frunciendo con dos dedos la parte baja de la piel. Ya con el pecho en su mano la miró a los ojos y le explicó, que habría que cortar por debajo una media luna, y luego un corte transversal hasta el pezón, eliminar la piel sobrante y volver a coser. Como de ese modo el pezón quedaría muy bajo, habría que recolocararlo también, subiéndolo un par de centímetros. Le hablaba desde muy cerca y casi susurraba las palabras, el médico explicaba en evidente excitación a su paciente las características de la operación a la que se tendría que someter.

-Sus pechos se podrán levantar unos dos centímetros, quizá tres, depende de su gusto.

Ella se horrorizó y poco le faltó para abofetearle.

- ¿De modo que le quedarían tres cicatrices, una bordeando la parte baja del pecho, otra saldría del centro de esa cicatriz hasta el pezón, y, por último, una rodearía su areola? Ja!

-Así es- confirmó el cirujano, con un cierto cinismo, mirándole lánguidamente a los labios.

Ella negó con la cabeza, a tierra caían sus ilusiones de tener el pecho alto y enhiesto, la ira se le arremolinó en la cara pues no estaba dispuesta a mutilar de semejante modo sus tetas, que ahora se le antojaban preciosas.

- Menuda propuesta me hace usted señor, acaso no considera que mis pechos son más bellos con su fisonomía actual de lo que lo serían mellados con su bisturí? NO era una pregunta lo que hacía la madrastra, sino una orden.
- Depende de sus prioridades señora. Vestidos los pechos lucirían divinos... acaso practica usted nudismo?-
- Sí. Practico nudismo y también follo le espetó como un puñal.

Dijo esto mientras vestía lentamente la parte superior de su cuerpo con lencería de seda y encaje color morado de una hechura tan delicada que parecía hecha a medida. Se tomó su tiempo antes

de vestir la *pullover*.

- Considero que cualquier hombre preferirá un pecho caído que un pecho cicatrizado.

El médico, en alarde de verdadera profesionalidad y honestidad, asintió anonadado ante la majestuosidad de la dama que parecía una reina allí semidesnuda en su consulta. Pero pronto su mente mercantilista despertó, al mismo tiempo que su concupiscencia crecía a ritmo vertiginoso en el centro de sus pantalones.

-Si lo desea usted, mi enfermera puede mostrarle sus pechos que han sido operados por mis propias manos.

La madrastra de Blancanieves elevó las cejas, dando a entender que consentía la propuesta del doctor. La enfermera, sin dudarle un segundo, comenzó a desabrochar su bata blanca desde el botón que tenía más cerca de su garganta. Miraba hacia el suelo mientras lo hacía, en una sumisión que parecía adecuada en ese momento en que el médico y la elegante paciente la miraban con ansiedad contenida.

Ellos no perdían detalle de lo que la señorita iba mostrando tan dócilmente. Cuando hubo desabotonado el último se quedó quieta, como esperando, elevó la mirada hacia el médico como pidiendo permiso. Este, a su vez, la dirigió hacia la atractiva paciente. La madrastra no dudó en actuar, se acercó a la chica, tomando la bata por la parte superior, dejó que resbalara por la espalda hasta que cayó al suelo. La enfermera no llevaba ropa interior. Su perfecto cuerpo de sirena surrealista estaba surcado por cicatrices que aseguraban la inmovilidad de sus carnes. La reina se acercó a la enfermera impresionada con lo que veía, era una belleza extraña, casi dolorosa.

-Parece una estatua griega, con las vetas del mármol.

Acercó sus largos dedos de uñas pintadas color sangre y comenzó a repasar todas esas costuras. Comenzó por una profunda que localizó detrás de la oreja, la chica hizo un leve gesto de repulsa pero se contuvo, siguió la línea, que era apenas perceptible por debajo de la mandíbula. Después bajó y siguió otro surco antiguo que dividía el bajo vientre de la mujer y se bifurcaba hacia el ombligo. Subió a sus pechos, estos mostraban una leve marca rosada alrededor de la areola. Sus

pechos eran duros, de piel brillante en la punta, eran más firmes en la punta que en la base.

El cirujano, que no perdía detalle del proceso tomó a la enfermera por los hombros y la obligó a voltearse. La espalda de la chica era frágil y de piel casi transparente, sus nalgas destacaban en altivez. La madrastra pasó su mano por las curvas y comprobó la finura de la piel y al tiempo descubrió dos rayas mínimas azuladas, que bordeaban la parte inferior del trasero. El culo se mostraba, como las tetas, firme en la punta y más flácido en los alrededores. Era un hermoso trasero femenino, ideal para lucir en biquini. La madrastra observó con reverencia la obra de arte que el cirujano le mostraba. Después le miró a él, supo que debajo de su pantalón la virilidad del caballero estaba alterada. Le sonrió, el rostro de la madrastra cobraba una belleza felina al sonreír, enseñó todos sus dientes y tomó con calma su delicado *pullover* y se la puso, todavía mirando los brillantes ojos libidinosos del hombre erecto.

- A este la que se la está poniendo tiesa soy yo, no esa monia de látex.

Todavía era la más bella del reino. Cogió su bolso y salió por la puerta. Sin decir adiós.

Susanamoo

www.erotomana.com